

A lo largo de estos días de verano, he visto a muchos padres jugar con sus hijos. Yo lo hice. Me alegro más todavía de haberlo hecho porque mi padre no lo hizo conmigo. Eso que se lleva mi hijo.

Eran otros tiempos, es cierto. Posiblemente los hombres veían como una pérdida de estatus el hacerse cargo de sus hijos. Los hombres estaban para volar aviones y ganar dinero. De mi niñez, sólo recuerdo dos momentos en solitario con mi padre fuera de casa, y no fueron tremendamente agradables. En uno de ellos, mi padre me llevaba en coche a algún lado. Se encontró con un colega en la puerta del garaje y casi se excusó de llevarme de la mano: 'aquí voy con este idiota'. No me agradó mucho, y quedó grabado en mi memoria. Quiero pensar que sólo se justificaba porque llevar de la mano a tu hijo era para él una tarea reservada a otros (más bien a otras). Pero quizá hubiera algo más, algún otro motivo para el desapego. Quizá aquella excursión era forzada. No la quería él; se la habían impuesto.

En otra ocasión (que sospecho también impulsada por alguien que le habría dicho que debía hacerse cargo un poco más de mí) recuerdo a mi padre llevarme en solitario a la Playa del Puntal, al otro lado de la bahía de Santander. Era un día un tanto nublado de verano. El ni siquiera se desvistió. Eso hacía que la mañana pareciera todavía más sombría. Me daba una sensación de inminencia, como si estuviéramos constantemente a punto de irnos de la playa.

Con el tiempo yo crecí. Ya talludito, durante esos veraneos de mi niñez y juventud, mi madre me pedía a veces que fuera a recoger a mi padre a la cafetería Frixia, al final del Paseo de Pereda. Solía ser el final de la mañana de un día en el que, por un motivo o por otro, mis hermanas y yo no habíamos ido a la playa. Acudía yo hasta esa cafetería y compartía unos minutos con mi padre en la terraza. A veces esos minutos servían para que mi padre se despidiera de una tertulia variable que se formaba en torno a él y que a mí me admiraba porque me lo presentaba como un hombre carismático que yo desconocía.

Volvíamos por fin a casa mano a mano, él renqueando con su artritis reumatoide y yo renqueando con una mal definida incomodidad interior. No había muchas palabras que nos unieran; no había muchos temas de conversación. Así lo recuerdo yo al menos; quién sabe cuánto pueden los recuerdos distorsionar la realidad. Pero no puedo negar la entidad o la realidad rocosa, petrea de esos recuerdos que ahora cuento.